

PSICOLOGÍA DE LAS REVOLUCIONES



Gustave Le Bon

PSICOLOGÍA
DE LAS
REVOLUCIONES

GUSTAVE LE BON

La Revolución
Francesa
Fecha de Edición 1906

En esta obra, que es continuación de "La Psicología de las Masas", Gustave Le Bon realiza un estudio en profundidad de los móviles, generalmente invisibles, que impulsan a las revoluciones. Se detiene en el detalle de la Revolución Francesa, criterio justificado en parte por la enorme trascendencia que dicha revolución tuvo no sólo para Francia sino para el mundo entero y, en parte también porque, al tratarse de la revolución más importante de su propio país, pudo tener acceso directo a documentos y datos no siempre tenidos en cuenta por otros pensadores e historiadores.

La imagen que a través de esta obra emerge de las revoluciones en general, y de la Revolución Francesa en particular, no es la que estamos acostumbrados a ver. Hoy, sin duda alguna, Gustave Le Bon sería catalogado como "políticamente incorrecto". Sin embargo, aún teniendo en cuenta ciertos prejuicios y nociones — comunes si vamos al caso a todos los intelectuales de fines del Siglo XIX y principios del XX, dado el nivel de la ciencia y del conocimiento disponibles — la visión de este pensador francés sorprende por su - a veces casi increíble - actualidad. De hecho, en varios pasajes cuesta creer que no estamos leyendo algo actual sino una obra que ya tiene más de un siglo de antigüedad.

PARTE I. LOS ELEMENTOS PSICOLÓGICOS DE LOS MOVIMIENTOS REVOLUCIONARIOS

LIBRO I. Características generales de las revoluciones

Capítulo I. Revoluciones científicas y políticas.....	16
Capítulo II. Revoluciones Religiosas	27
Capítulo III. La Acción de los Gobiernos en las Revoluciones.....	43
Capítulo IV. El papel del pueblo en las revoluciones.....	55

LIBRO II. Las mentalidades predominantes durante la revolución

Capítulo I. Variaciones individuales de carácter en épocas revolucionarias.....	72
Capítulo II. La mentalidad mística y la mentalidad jacobina.....	83
Capítulo III. La mentalidad revolucionaria y la mentalidad criminal	94
Capítulo IV. La psicología de las masas revolucionarias.....	99
Capítulo V. La psicología de las Asambleas Revolucionarias.....	109

PARTE II. LA REVOLUCIÓN FRANCESA

LIBRO I Los Orígenes de la Revolución Francesa

Capítulo I. Las opiniones de los Historiadores sobre la Revolución Francesa	119
Capítulo II. Los fundamentos psicológicos del Antiguo Régimen....	133
Capítulo III. La anarquía mental por la época de la Revolución y la influencia atribuida a los filósofos.	144
Capítulo IV. Ilusiones psicológicas respecto de la Revolución Francesa	156

LIBRO II. Las influencias racionales, afectivas, místicas y colectivas, activas durante la Revolución

Capítulo I. La psicología de la Asamblea Constituyente	166
Capítulo II. La psicología de la Asamblea Legislativa.....	184
Capítulo III. La psicología de la Convención	191
Capítulo IV. El gobierno de la Convención.....	204
Capítulo V. Instancias de la violencia revolucionaria	215
Capítulo VI. Los ejércitos de la Revolución.....	225
Capítulo VII. Psicología de los líderes de la Revolución.....	235

LIBRO III. El conflicto entre influencias ancestrales y principios revolucionarios

Capítulo I. Las últimas convulsiones de la anarquía. El Directorio. .	258
Capítulo II. La restauración del orden. La República consular.....	272

Capítulo III. Consecuencias políticas del conflicto entre tradiciones y principios revolucionarios durante el último siglo 282

PARTE III. LA EVOLUCIÓN RECIENTE DE LOS PRINCIPIOS REVOLUCIONARIOS

Capítulo I. El progreso de los credos democráticos desde la Revolución. 295

Capítulo II. Los resultados de la evolución democrática 307

Capítulo III. Las nuevas formas del credo democrático..... 324

Conclusiones..... 335

Introducción

La revisión de la Historia

La era presente no es tan sólo una época de descubrimientos; también es un período de revisión de los múltiples elementos del saber. Habiendo reconocido que hay fenómenos sobre los cuales la causa primera continúa siendo inaccesible, la ciencia se ha puesto a examinar sus antiguas certezas y ha demostrado su fragilidad. Hoy en día la ciencia ve como sus antiguos principios se desvanecen uno a uno. La mecánica está perdiendo sus axiomas y la materia, otrora el eterno sustrato de los mundos, se convierte en un simple agregado de fuerzas efímeras en condensación transitoria.

A pesar de su aspecto conjetural, en virtud del cual hasta cierto punto escapa a las formas más severas de la crítica, la Historia no se ha librado de esta revisión universal. Ya no hay una sola de sus fases de la cual podamos decir que es conocida con certeza. Lo que parecía haber sido definitivamente adquirido, hoy resulta cuestionado.

Entre los hechos cuyo estudio parecía haber sido completado estaba la Revolución Francesa. Analizada por varias generaciones de escritores uno podría suponerla perfectamente dilucidada. ¿Qué cosas nuevas podrían decirse de ella, exceptuando la modificación de algunos de sus detalles?

Sin embargo, sus defensores más acérrimos están comenzando a vacilar en sus afirmaciones.

La antigua evidencia ha demostrado estar lejos de ser impecable. La fe en dogmas que alguna vez fueron considerados sagrados, se ha sacudido. La reciente literatura sobre la Revolución deja entrever estas incertidumbres. Habiendo establecido interrelaciones, los hombres se muestran cada vez más renuentes a sacar conclusiones.

No sólo los héroes de este gran drama se discuten sin indulgencia sino que hay pensadores que se están preguntando si el nuevo estado de cosas que siguió al antiguo régimen no se hubiera establecido, sin violencias, en el transcurso de una civilización progresiva. Los resultados obtenidos ya no parecen condecirse ni con su costo inmediato, ni con las consecuencias más remotas que la Revolución indujo a partir de las posibilidades de la Historia.

Varias causas condujeron a la revisión de este trágico período. El tiempo ha calmado las pasiones, numerosos documentos han surgido gradualmente de los archivos y el historiador está aprendiendo a interpretarlos en forma independiente.

Pero es quizás la psicología moderna la que más efectivamente ha influenciado nuestras ideas al permitirnos interpretar con más seguridad a los hombres y a los motivos de su conducta.

Entre los descubrimientos que a partir de ella resultan aplicables a la Historia debemos mencionar, por sobre todo, una comprensión más profunda de las influencias ancestrales, de las leyes que gobiernan las acciones de las masas, de los datos relacionados con la disgregación de la

personalidad, del contagio mental, de la formación inconsciente de creencias, y de la distinción entre varias formas de lógica.

A decir verdad, estas aplicaciones de la ciencia, utilizadas en este libro, no han sido empleadas así hasta ahora. Por lo general, los historiadores se han limitado al estudio de los documentos, aunque aún este estudio ha sido suficiente para plantear las dudas que he mencionado.

Los grandes eventos que configuran el destino de los pueblos – revoluciones, por ejemplo, y el surgimiento de creencias religiosas – son a veces tan difíciles de explicar que uno debe limitarse a una mera constatación.

Desde los tiempos de mis primeras investigaciones históricas he quedado impresionado por el aspecto impenetrable de ciertos fenómenos esenciales, especialmente aquellos relacionados con la génesis de creencias, y he estado convencido de que estaba faltando algo fundamental; algo que resultaba esencial para su interpretación. Habiendo la razón dicho todo lo que podía decir no había nada más que esperar de ella y debían buscarse otros medios para comprender lo que no había sido dilucidado.

Por un largo tiempo estas importantes cuestiones permanecieron siendo oscuras para mí. Extensos viajes dedicados al estudio de los restos de civilizaciones desaparecidas no hicieron mucho para arrojar luz sobre ellas.

Reflexionando sobre ello continuamente, me vi forzado a reconocer que el problema se

componía de una serie de otros problemas que debía estudiar en forma separada. Lo hice durante un período de veinte años, presentado los resultados de mis investigaciones en una sucesión de volúmenes.

Uno de los primeros estuvo dedicado al estudio de las leyes psicológicas de la evolución de los pueblos. Habiendo demostrado que las razas históricas – esto es, las razas formadas por los avatares de la Historia – finalmente adquirirían caracteres psicológicos tan estables como sus caracteres anatómicos, intenté explicar cómo un pueblo transforma sus instituciones, su idioma y sus artes. En la misma obra expliqué por qué personalidades individuales, bajo la influencia de súbitos cambios ambientales, pueden llegar a disgregarse por completo.

Pero, aparte de las colectividades fijas formadas por los pueblos, existen colectividades móviles y transitorias conocidas como masas. Ahora bien, estas masas o muchedumbres, con cuya ayuda se producen los grandes movimientos históricos, poseen características absolutamente diferentes a las de los individuos que las componen. ¿Cuáles son esas características y cómo evolucionan? Este nuevo problema fue examinado en La Psicología de las Masas.

Sólo después de estos estudios es que comencé a percibir ciertas influencias que se me habían escapado.

Pero esto no fue todo. Entre los factores más importantes de la Historia había uno preponderante: el factor de los credos. ¿Cómo nacen estos credos? ¿Son realmente racionales y

voluntarias como se enseñó durante tanto tiempo? ¿No son más bien inconscientes e independientes de toda razón? Fue una cuestión difícil, a la que me dediqué en mi último libro Opiniones y Credos.

Mientras la psicología considere que los credos son voluntarios y racionales, los mismos seguirán siendo inexplicables. Habiendo demostrado que usualmente son irracionales y siempre involuntarios, pude proponer una solución a este importante problema y explicar cómo era que credos que ninguna razón podía justificar resultaban admitidos sin dificultad por los espíritus más ilustrados de todas las épocas.

A partir de allí, la solución de las dificultades históricas, solución que durante tanto tiempo se había buscado, resultaba obvia. Llegué a la conclusión de que, aparte de la lógica racional que condiciona al pensamiento y que antes se consideraba nuestra única guía, existen formas muy diferentes de lógica: lógica afectiva, lógica colectiva y lógica mística, que suelen superar a la razón y engendrar los impulsos movilizados de nuestra conducta.

Habiendo establecido sólidamente este hecho, se me hizo evidente que, si hay un gran número de eventos históricos frecuentemente incomprendidos, ello es porque tratamos de interpretarlos a la luz de una lógica que, en realidad, tiene muy escasa influencia sobre su génesis.

Todas estas investigaciones, resumidas aquí en unas pocas líneas, demandaron largos años. Desesperando de completarlas, las abandoné más de una vez para volver a esos trabajos de

laboratorio en los cuales uno siempre está seguro de hallarse lejos de la verdad para adquirir al menos algunos fragmentos de certidumbre.

Pero, si bien es muy interesante explorar el mundo de los fenómenos materiales, lo es aún más el descifrarlos; razón por la cual siempre he tenido que volver a la psicología.

Debido a que ciertos principios deducidos de mis investigaciones podían resultar fructíferos, resolví aplicarlos al estudio de eventos concretos y, de este modo, fui llevado a ocuparme de la Psicología de las Revoluciones – y concretamente, de la Revolución Francesa.

Procediendo al análisis de nuestra gran Revolución, la mayor parte de las opiniones recabadas mediante la lectura de libros me decepcionaron, una por una, aún cuando en un principio las hubiera considerado incommovibles.

Para explicar este período debemos considerarlo como un todo, tal como muchos historiadores lo han hecho. Está compuesto por fenómenos simultáneos pero independientes el uno del otro.

Cada una de sus fases revela acontecimientos engendrados por leyes psicológicas que operan con la regularidad de un mecanismo de relojería. Los actores de este gran drama parecen moverse como los caracteres de una tragedia predeterminada. Cada uno dice lo que debe decir; actúa como está destinado a actuar.

Por cierto que los actores en el drama revolucionario diferían de aquellos de un drama teatral en que no habían estudiado sus papeles, pero éstos estaban dictados por fuerzas invisibles.

Precisamente porque estaban sujetos a la progresión inevitable de lógicas que les resultaban incomprensibles, es que vemos a estos actores tan superlativamente sorprendidos como lo estamos nosotros mismos ante los acontecimientos en los que desempeñaron el papel de héroes. Nunca sospecharon siquiera la existencia de los poderes invisibles que los forzaban a actuar. No fueron los dueños, ni de su furia, ni de su debilidad. Hablaron en nombre de la razón, pero de ninguna manera fue la razón la que los impulsó.

“Las decisiones que tanto se nos reprochan” – escribió Billaud-Varenne – “la mayoría de las veces no estuvieron en nuestras intenciones dos días antes, y aún hasta el día anterior de los hechos: sólo la crisis las indujo.”

No es que debamos considerar a los acontecimientos de la Revolución como determinados por una fatalidad inevitable. Los lectores de nuestras obras sabrán que reconocemos en el ser humano de cualidades superiores la capacidad de prever las fatalidades. Pero este ser humano se puede liberar tan sólo de algunas pocas de ellas y con frecuencia se encuentra inerte frente a una secuencia de hechos que, aún en sus inicios, escasamente hubieran podido ser gobernados. El científico sabe cómo destruir el microbio antes de que éste tenga tiempo de actuar, pero se sabe también impotente para prevenir la evolución de la enfermedad resultante. Cuando cualquier cuestión origina

opiniones violentamente contradictorias, podemos estar seguros de que pertenece a la provincia de los credos y no a la del conocimiento.

En un trabajo anterior hemos demostrado que el credo, de origen inconsciente e independiente de toda razón, nunca puede ser influenciado por la razón.

La Revolución – una tarea de creyentes – raramente ha sido juzgada más que por creyentes. Execrada por algunos y alabada por otros, se ha mantenido como uno de esos dogmas que resultan aceptados o rechazados en su totalidad, sin la intervención de la lógica racional.

Si bien en sus comienzos una revolución religiosa o política puede muy bien estar apoyada por elementos racionales, se desarrolla solamente por medio de la ayuda de elementos místicos y afectivos que resultan absolutamente extraños a la razón.

Los historiadores que han juzgado los acontecimientos de la Revolución Francesa en el nombre de la lógica racional no pudieron comprenderlos puesto que no fue esta forma de lógica la que dictó dichos eventos. Puesto que los actores mismos de estos sucesos los comprendieron mal, no estaremos lejos de la verdad al decir que nuestra Revolución fue un fenómeno incomprendido, tanto por quienes la causaron como por quienes la describieron. En ningún período de la historia los hombres comprendieron tan poco el presente, ignoraron en tan gran medida el pasado y previeron el futuro de una manera tan pobre.

.....

El poder de la Revolución no residió en los principios que se propuso propagar – los cuales, en realidad, eran cualquier cosa menos novedosos – ni en las instituciones que pretendía fundar. El pueblo se interesa muy poco por las instituciones y menos aún por las doctrinas. El hecho que la Revolución haya sido realmente potente; que le hiciera a Francia aceptar la violencia, los asesinatos, la ruina y el horror de una espantosa guerra civil; que, finalmente, se defendiese victoriosa contra una Europa en armas; todo ello se debió a que no fundó un nuevo sistema de gobierno sino una nueva religión.

Ahora bien, la Historia nos muestra cuan irresistible es el poder de un credo fuerte. La misma invencible Roma cristiana tuvo que inclinarse ante los ejércitos de pastores nómadas iluminados por la fe de Mahoma. Por la misma razón, los reyes de Europa no pudieron resistir a los andrajosos soldados de la Convención. Semejantes a apóstoles, estos soldados estuvieron dispuestos a inmolarse con el sólo fin de propagar sus creencias las que, según su sueño, habrían de renovar al mundo.

La religión así fundada tuvo la fuerza de las demás religiones, si bien no su duración. No obstante, no murió sin dejar huellas indelebles, y su influencia aún sigue activa.

No consideraremos a la Revolución como una tabula rasa de la Historia, tal como sus apóstoles creyeron que sería. Sabemos que, a fin de demostrar su intención de crear un mundo diferente del antiguo, iniciaron una nueva era

profesando el deseo de romper completamente con todos los vestigios del pasado.

Pero el pasado nunca muere. Está más verdaderamente dentro de nosotros mismos que fuera de nosotros. En contra de su propia voluntad, los reformadores de la Revolución siguieron estando saturados del pasado y sólo pudieron continuar, bajo otras denominaciones, las tradiciones de la monarquía, incluso exagerando la autocracia y la centralización del Antiguo Régimen. Tocqueville no tuvo dificultad en demostrar que la Revolución apenas si derrocó lo que ya estaba por caer.

Si bien en realidad la Revolución destruyó poco, favoreció en cambio la maduración de ciertas ideas que continuaron desarrollándose desde entonces.

La fraternidad y la libertad que proclamó nunca sedujeron mayormente a los pueblos, pero la igualdad se convirtió en su Evangelio: fue el punto de aplicación del socialismo y de toda la evolución de las ideas democráticas modernas. Por lo tanto, podemos decir que la Revolución no terminó con el advenimiento del Imperio, ni con las sucesivas restauraciones que la siguieron. Secretamente, o a la luz del día, se ha desplegado lentamente y aún influye en la mente de las personas.

El estudio de la Revolución Francesa, al cual gran parte de este libro está dedicado, quizás le quitará al lector más de una ilusión al demostrar que los libros que relatan la historia de la Revolución contienen de hecho una masa de leyendas muy distantes de la realidad.

Es indudable que esas leyendas tendrán más vida que la historia misma. No es cuestión de lamentar esto demasiado. Algunos pocos filósofos podrán estar interesados en conocer la verdad, pero los pueblos siempre prefieren los sueños. Sintetizando sus ideales, estos sueños siempre constituirán poderosos motivos para la acción. “Uno perdería el coraje si éste no estuviera sostenido por falsas ideas”– dijo Fontenelle. Juana de Arco, los Gigantes de la Convención, la épica Imperial – todas estas maravillosas imágenes del pasado siempre serán una fuente de esperanza en las lúgubres horas que siguen a la derrota. Forman parte de un patrimonio de ilusiones que nuestros padres nos han legado; ilusiones cuyo poder con frecuencia es mayor que el de la realidad. El sueño, el ideal, la leyenda – en una palabra: lo irreal – es lo que le da forma a la Historia.

PARTE I. LOS ELEMENTOS PSICOLÓGICOS DE LOS MOVIMIENTOS REVOLUCIONARIOS

LIBRO I. Características generales de las revoluciones

Capítulo I. Revoluciones científicas y políticas

1)- Clasificación de las revoluciones

En general, aplicamos el término de “revolución” a los cambios políticos súbitos pero el término puede ser aplicado para denotar toda transformación repentina, o transformaciones aparentemente repentinas, tanto sea de creencias, ideas o doctrinas.

En otra obra hemos considerado el papel desempeñado por los factores racionales, afectivos y místicos en la génesis de las opiniones y los credos que determinan la conducta humana. No es preciso, pues, que volvamos sobre el tema aquí.

Una revolución puede, finalmente, hacerse credo, pero es frecuente que comience bajo la acción de motivos perfectamente racionales: la supresión de abusos intolerables, la eliminación de un gobierno despótico detestado o de un soberano impopular, etc.

Si bien el origen de una revolución puede ser perfectamente racional, no debemos olvidar que las razones invocadas para prepararla no ejercen una influencia sobre las masas hasta tanto no se hayan transformado en sentimientos. La lógica racional puede señalar los abusos que han de ser destruidos, pero, para movilizar a la multitud, hay que despertar las esperanzas de la misma. Esto sólo puede ser realizado mediante la acción de esos elementos afectivos y místicos que le otorgan al ser humano el poder de actuar. Por ejemplo, por la época de la Revolución Francesa, la lógica racional, en manos de los filósofos, demostró las inconveniencias del Antiguo Régimen y excitó el deseo de modificarlo. La lógica mística inspiró el credo en las virtudes de todos los miembros de una sociedad creada de acuerdo con ciertos principios. Una lógica afectiva desencadenó las pasiones controladas por los vínculos de eras anteriores y condujo a los peores excesos. La lógica colectiva gobernó a Clubes y Asambleas impulsando a sus miembros a acciones que ninguna lógica, ni racional, ni afectiva, ni mística, podría jamás haberlos llevado a cometer.

Cualquiera que sea su origen, una revolución no produce resultados mientras no haya penetrado en el espíritu de la multitud. Los acontecimientos adquieren formas especiales que resultan de la peculiar psicología de las masas. Por esta razón, los movimientos populares poseen características tan pronunciadas que la descripción de una de ellas nos permitirá comprender a las demás.

La multitud, por ende, es el agente de la revolución; pero no es su punto de partida. La masa constituye un ser amorfo que no puede

hacer nada y no hará nada sin una cabeza que la conduzca. Superará rápidamente el impulso una vez que lo haya recibido, pero jamás lo creará.

Las revoluciones políticas que tan fuertemente sorprenden a los historiadores son, con frecuencia, las menos importantes. Las grandes revoluciones son las de las costumbres y las del pensamiento. El cambiar el nombre de un gobierno no transforma la mentalidad de un pueblo. El derrocar las instituciones de un pueblo no reforma el espíritu de ese pueblo.

Las verdaderas revoluciones, aquellas que transforman los destinos de los pueblos, la mayoría de las veces se logran tan lentamente que los historiadores apenas si pueden señalar sus orígenes. El término de “evolución” es, por lo tanto, por lejos más apropiado que el de “revolución”.

Los distintos elementos enumerados para la génesis de la mayoría de las revoluciones no son suficientes para clasificarlas. Considerando tan sólo el objetivo designado, las dividiremos en revoluciones científicas, políticas y religiosas.

2). Revoluciones Científicas

Las revoluciones científicas son, por lejos, las más importantes. A pesar de que concitan sólo escasa atención, con frecuencia llevan en su seno consecuencias remotas que las revoluciones políticas no engendran. Las pondremos, pues, en primer lugar, aunque no podemos estudiarlas aquí.

Por ejemplo, si nuestras concepciones del universo han cambiado profundamente desde la época de la Revolución, es porque los descubrimientos astronómicos y la aplicación de métodos experimentales las han revolucionado al demostrar que los fenómenos, en lugar de estar condicionados por los caprichos de los dioses, se gobiernan por leyes invariables.

Debido a su lentitud, nos referimos a las revoluciones de esta índole llamándolas, con propiedad, “evolución”. Pero hay otras que, si bien son del mismo orden, merecen la denominación de “revolución” debido a su rapidez: podríamos mencionar las teorías de Darwin que derribaron la totalidad de la ciencia biológica en unos pocos años; los descubrimientos de Pasteur que revolucionaron a la medicina durante la vida de su autor; y la teoría de la disociación de la materia que demostró que el átomo, al que otrora se consideraba eterno, no es inmune a las leyes que condenan a todos los elementos del universo a declinar y perecer.

Estas revoluciones científicas del dominio de las ideas son puramente intelectuales. Nuestros sentimientos y creencias no las afectan. Las personas se someten a ellas sin discutir las. Siendo sus resultados verificables por la experiencia, escapan a toda crítica.

3). Revoluciones Políticas

Por debajo y muy alejadas de estas revoluciones científicas que generan el progreso de las civilizaciones, se encuentran las revoluciones religiosas y políticas que no tienen ningún parentesco con las primeras. Mientras las

revoluciones científicas se derivan exclusivamente de elementos racionales, los credos políticos y religiosos se sostienen casi exclusivamente por factores afectivos y místicos. La razón desempeña un papel tan sólo tenue en su génesis.

En mi libro “Opiniones y Creencias” he insistido con cierto detalle sobre el origen afectivo de los credos, demostrando que un credo político o religioso constituye un acto de fe, elaborado inconscientemente, sobre el cual, a pesar de todas las apariencias, la razón no tiene poder alguno. También demostré que el credo con frecuencia alcanza tal grado de intensidad que nada puede oponérsele. La persona, hipnotizada por su fe, se convierte en un apóstol dispuesto a sacrificar sus intereses, su felicidad y hasta su propia vida por el triunfo de su fe. La incoherencia de su fe importa poco; para él es una ardiente realidad. Las certidumbres de origen místico poseen el maravilloso poder de un dominio completo sobre el pensamiento y sólo pueden verse afectadas por el transcurso del tiempo.

Por el sólo hecho de ser considerado verdad absoluta, un credo necesariamente se vuelve intolerante. Esto explica la violencia, el odio y la persecución que fueron los escoltas habituales de las grandes revoluciones políticas y religiosas; especialmente las de la Reforma y la Revolución Francesa.

Ciertos períodos de la Historia francesa resultan incomprensibles si olvidamos el origen afectivo y místico de los credos, su necesaria intolerancia, la imposibilidad de reconciliarlos cuando entran en contacto mutuo y, finalmente, el

poder conferido por los credos místicos a los sentimientos que se ponen a su servicio.

Los conceptos mencionados son todavía demasiado nuevos como para haber modificado la mentalidad de los historiadores. Éstos continuarán intentando explicar por medio de la lógica racional un cúmulo de fenómenos que son extraños a dicha lógica.

Sucesos, tales como la Reforma, que atormentaron a Francia por un periodo de cincuenta años, de ningún modo estuvieron determinados por influencias racionales. Aún así, estas influencias racionales resultan constantemente invocadas como explicaciones, incluso en los trabajos más recientes. De esta forma, en la “Historia General” de los señores Lavisse y Rambaud, podemos leer la siguiente explicación de la Reforma:

“Fue un movimiento espontáneo, nacido aquí y allá en medio de las gentes, a partir de la lectura de las Sagradas Escrituras y las libres reflexiones individuales que le fueron sugeridas a personas simples por una conciencia extremadamente piadosa y un poder de razonamiento muy audaz.”

Contrariamente a la afirmación de estos historiadores, podemos decir con certeza, en primer lugar, que esos movimientos jamás son espontáneos y, en segundo término, que la razón no tiene parte alguna en su elaboración.

La fuerza de los credos políticos y religiosos que han sacudido al mundo reside precisamente en el hecho de que, habiendo nacido de elementos

afectivos y místicos, no son ni creados ni dirigidos por la razón.

Los credos políticos o religiosos tienen un origen común y obedecen a las mismas leyes. Se constituyen, no con la ayuda de la razón, sino, con mucha mayor frecuencia, contrariando toda razón. El budismo, el Islam, la reforma, el jacobinismo, el socialismo, etc. parecen ser formas de pensamiento muy diferentes. Sin embargo, tienen bases afectivas y místicas idénticas y obedecen a una lógica que no tienen afinidad alguna con la lógica racional.

Las revoluciones políticas pueden resultar de las creencias establecidas en la mente de las personas, pero hay muchas otras causas que las producen. La palabra “descontento” las resume a todas. Ni bien el descontento se generaliza, surge un partido que con frecuencia adquiere la fuerza suficiente como para luchar contra el gobierno.

Por lo general, el descontento tiene que haberse acumulado por un tiempo largo para producir sus efectos. Por esta razón, una revolución no siempre representa un fenómeno en vías de extinción, seguido por otro que comienza, sino más bien un fenómeno continuo que de algún modo ha acelerado su evolución. Todas las revoluciones modernas, sin embargo, han sido movimientos abruptos que implicaron el derrocamiento instantáneo de los gobiernos. Así han sido, por ejemplo, las revoluciones de Brasil, Portugal, Turquía y China.

Contrariamente a lo que podría suponerse, los pueblos muy conservadores son adictos a las revoluciones más violentas. Siendo conservadores,

no tienen la capacidad de evolucionar lentamente, o de adaptarse a las variaciones de su entorno, de modo que, cuando la discrepancia se hace demasiado extrema, resultan condenados a adaptarse de un modo súbito. Esta evolución repentina constituye una revolución.

Pueblos capaces de adaptarse progresivamente no siempre escapan a la revolución. Sólo por medio de la revolución fueron los ingleses de 1688 capaces de terminar con el conflicto que los había arrastrado por un siglo; un conflicto que enfrentó a la monarquía – que buscaba hacerse absoluta – y la nación – que reclamaba el derecho a gobernarse mediante sus representantes.

Las grandes revoluciones usualmente han comenzado por la cúspide, no por la base; pero, una vez que el pueblo se desencadena, es a éste que la revolución le debe su poder.

Es obvio que las revoluciones nunca han tenido lugar, y nunca tendrán lugar, excepto con la ayuda de una importante fracción del ejército. La realeza no desapareció de Francia el día en que Luis XVI fue guillotinado. Desapareció en el preciso instante en que sus tropas amotinadas rehusaron defenderlo.

Los ejércitos se desafectan más particularmente por contagio mental, siendo que en su fuero interno son bastante indiferentes al estado de cosas establecido. Ni bien una coalición de oficiales consiguió derrocar al gobierno turco, los oficiales griegos pensaron en imitarlos y cambiar su propio gobierno aún cuando no existía una analogía entre los dos regímenes.

Un movimiento militar puede derrocar a un gobierno – y en las repúblicas hispanas el gobierno muy rara vez es derrocado por otros medios – pero, si la revolución ha de producir grandes resultados, tendrá que estar siempre basada sobre el descontento general y sobre esperanzas generales.

A menos que sea universal y excesivo, el descontento por sí mismo no es suficiente para producir una revolución. Es fácil conducir a un puñado de personas al saqueo, a la destrucción y a la masacre; pero producir el levantamiento de todo un pueblo – o de una gran proporción de ese pueblo – requiere la continua o repetida acción de dirigentes. Éstos exageran el descontento; persuaden a los disconformes de que el gobierno es la única causa de todos los males – especialmente de las penurias predominantes – y le aseguran a las personas que el nuevo sistema por ellos propuesto engendrará una era de felicidad. Estas ideas germinan propagándose por sugestión y contagio, con lo que finalmente llega el momento en que la revolución está madura.

La Revolución Cristiana y la Revolución Francesa se prepararon de esta forma. Que la segunda se completara en unos pocos años mientras que la primera requirió muchos, se debió al hecho de que la Revolución Francesa pronto tuvo una fuerza armada a su disposición mientras que el cristianismo tardó mucho en adquirir un poder material. Al principio, sus únicos adeptos fueron los marginados, los pobres y los esclavos, poseídos por el entusiasmo de la promesa de ver sus miserables vidas transformadas en una eternidad de dicha. Por un fenómeno de contagio

desde la base, del cual la Historia nos suministra más de un ejemplo, la doctrina finalmente invadió los estratos superiores de la nación, pero pasó mucho tiempo hasta que un emperador considerara a la nueva fe lo suficientemente extendida como para convertirla en religión oficial.

4.)- Los resultados de las revoluciones políticas

Cuando triunfa un partido político, de un modo natural busca organizar a la sociedad según sus intereses. La organización será diferente de acuerdo a que la revolución haya sido llevada a cabo por los soldados, los radicalizados, los conservadores, etc.

Las nuevas leyes e instituciones dependerán de los intereses del partido triunfante y de las clases sociales que lo han asistido – el clero, por ejemplo.

Si la revolución ha triunfado sólo después de una violenta lucha – como fue el caso de la Revolución Francesa – los vencedores rechazarán de plano todo el arsenal de la antigua ley. Los partidarios del régimen caído serán perseguidos, exiliados o exterminados.

En estas persecuciones el máximo de violencia se produce cuando el partido triunfante está defendiendo un credo además de sus intereses materiales. En este caso, los conquistados no pueden esperar misericordia alguna. De este modo se explica la expulsión de los moros de España, los Autos de Fe de la Inquisición, las ejecuciones de la Convención, y

las recientes leyes contra las congregaciones religiosas en Francia.

El poder absoluto asumido por los vencedores los lleva a veces a medidas extremas; como el decreto de la Convención ordenando el reemplazo del oro por papel, la venta de bienes a precios predeterminados, etc. Muy pronto este poder choca contra una pared de necesidades inevitables que vuelca a la opinión pública en contra de la tiranía para, finalmente, dejarla inerte ante un ataque – como sucedió al final de la Revolución Francesa. Lo mismo le sucedió recientemente a un gobierno ministerial socialista australiano compuesto casi exclusivamente de trabajadores. Promulgó leyes tan absurdas y concedió tantos privilegios a los sindicatos que la opinión pública se rebeló de una manera tan unánime que en tres meses terminó derrocado.

Pero los casos que hemos considerado son excepcionales. La mayoría de las revoluciones ha sido llevada a cabo para colocar en el poder a un nuevo soberano. Ahora bien, este soberano sabe muy bien que la primera condición para mantenerse en el poder reside en no favorecer de un modo demasiado exclusivo a una sola clase sino en tratar de conciliarlas a todas. Para lograrlo, establecerá algún tipo de equilibrio entre ellas de manera tal que él mismo no resulte dominado por ninguna. El permitir que una clase se vuelva predominante equivale a condenarse inmediatamente a aceptar dicha clase como amo. Esta ley es una de las más seguras de la psicología política. Los reyes de Francia la entendieron muy bien cuando lucharon tan enérgicamente contra las intrusiones de la nobleza primero y del clero después. Si no hubiesen procedido de ese modo su

Este libro que usted acaba de leer pertenece a la librería **Tus Buenos Libros** en la que puede disfrutar libros de la forma cómo después se explica. A continuación verá cómo funciona todo esto. **Es muy sencillo e interesante.**

Puede visitar esta librería en <http://www.tusbuenoslibros.com/>

¿Qué es la LIBRERÍA VIRTUAL?

Es una **nueva** forma de comprar libros y recibirlos en su ordenador a través de su correo electrónico. **También puede descargar libros GRATIS**

¿Qué ventajas obtengo por comprar así los libros?

Es mucho más **fácil** y **rápido** de recibir. Si se envía por el sistema tradicional, tarda varios días en llegar. Además, en otros casos, los portes los pagaría usted, o se le cargarían en el precio final. Sin embargo, al adquirir libros por este sistema, todos los **gastos de envío son gratis**, con el ahorro que supone para usted. Por otra parte, al ser nulos los gastos de imprenta y distribución, se ofrecen unos precios que no existen en los libros en papel.

¿Cómo sé que me llegan los libros?

Usted recibirá en la cuenta de correo que elija los libros que adquiera. Este sistema está **probado** y **garantizado**.

¿Es compatible con mi ordenador?

Los libros se envían en formato PDF con la finalidad que sean compatibles con cualquier sistema (PC, Mac, Linux y otros) y prácticamente cualquier lector de e-books. **Fácil** y **efectivo**.

¿Qué temas se pueden adquirir?

Libros de temática que no se suele encontrar en cualquier librería. Hallará libros sobre el **éxito**, sobre el **poder**, sobre la **mente**...

Naturalmente, encontrará temas tratados en

EL ARTE DE LA ESTRATEGIA en <http://www.elartedelaestrategia.com/> o en consonancia con su línea.

¿Puedo hacer copias?

Por supuesto que sí, **todas las copias que quiera**. No hay ningún dispositivo que impida hacer copias electrónicas o en papel. Hacemos esto porque consideramos que ya que usted paga por un producto, es muy **libre** de hacer con el lo que quiera (aunque los que reciban las copias no paguen).

¿Es seguro comprar con tarjeta en Internet?

Comprendo que resulta chocante realizar compras por Internet. El sistema de pago funciona de tal manera que: **es seguro** (nadie puede interferir los datos), nadie conoce el nº de su tarjeta y que yo mismo he hecho la prueba comprando libros y todo funcionó a la perfección. El sistema de pago usado es **PayPal**, en <http://www.paypal.es/es>



La forma de pago es por medio de la red de protección de la identidad de **VeriSign** (VIP, VeriSign Identity Protection), que ofrece un nivel adicional de seguridad durante la identificación en sitios Web que muestren el logotipo de VIP con su clave de seguridad de PayPal, por lo que la transferencia reúne todas las medidas de seguridad

Para saber más:



<http://www.paypal.es/es>

Se admite el pago con:



En el caso de que no tenga tarjeta, ya ha habido otras personas en su situación que lo han solucionado de la siguiente manera: han pedido a otra persona que si tenía tarjeta fuera el que les realizara la compra. Después le abonó en metálico el importe de la adquisición.

Me quedan algunas preguntas, ¿me las podría aclarar?

Encantados de ampliar información. Puede enviarme un mensaje en el que exprese sus preguntas a

contacto@tusbuenoslibros.com

Es una forma de agradecerle de antemano la oportunidad de servirle, que espero tener algún día.

Reciba un cordial saludo

Carlos Martin Pérez